

**DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUES  
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este día es un párrafo del admirable sermón que Jesucristo predicó á las turbas en el monte. Parece que en dicho párrafo el Salvador se propuso inculcarnos tres máximas morales que, aunque expresadas en diferentes conceptos, casi vienen á decir una misma cosa, cuales son: la imposibilidad de servir á un mismo tiempo á dos señores que mandan cosas contrarias, el valor tanto físico como moral del alma humana, y la necesidad de procurar el reino del cielo con preferencia á cualquiera otra cosa. La primera máxima está expresada en aquellas palabras: *Nemo potest duobus dominis servire: la segunda en aquellas otras: Nonne anima plus est quàm esca? y la tercera en aquellas con que acaba el evangelio, y son como una consecuencia lógica deducida de las antecedentes: Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus.*

Cuando el cura trate de inculcar á sus feligreses la primera de estas máximas, cosa que debe hacer de tiempo en tiempo á fin de precaverlos del sistema, hoy día muy generalizado, que trata de conciliar el servicio de Dios con el del mundo, tomará por tema el primer texto arriba indicado, y dirá: «Una máxima esencialísima nos enseña nuestro Salvador en el presente evangelio, y esta máxima consiste, en que es de todo punto imposible servir á dos señores que tengan contrarios intereses, y de consiguiente contrarias voluntades: *Nemo potest*

*«duobus dominis servire. Porque ¿qué hace un criado que esté bajo las órdenes de dos señores que sean rivales entre sí? ¿Cómo se conduce por complacer á ambos? ¿Procura agradar al uno? Por lo mismo se indispone con el otro. ¿Sirve fielmente á este? Por el mismo hecho riñe con aquel: Aut enim unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum suslinebit, et alterum contemnet. Esta es una doctrina tan clara, que aun cuando no la hubiese enseñado Jesucristo, bastaría, para saberla, el tener un poco de lo que se llama sentido común. Y sin embargo ¿cuántos cristianos la ignoran en la práctica? ¿Cuántos pretenden servir á un mismo tiempo á Dios y al mundo, enemigos tan antiguos como irreconciliables, cumpliendo en parte la ley santa del primero, y siguiendo en parte las máximas perversas del segundo? ¿Cuántos, á semejanza de los maniqueos, colocan dos dioses contrarios en un mismo altar, y queman un poco de incienso á cada uno? Que lo hagan, no es extraño; pero sí lo es que, haciéndolo, piensen ellos ir bien encaminados. Cumple á mi deber quitarles su ilusión, y hacerles comprender, que servir á Dios y al mundo es un sistema absurdo, que no puede darles otro fruto que su eterna condenacion.» — Sigue ahora el cuerpo de la plática que hay en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 44.*

Si el cura quiere predicar sobre el reino de Dios, tome el último texto apuntado arriba, y comience de este modo el discurso: «No podía Jesucristo inculcarnos con términos mas persuasivos la necesidad de buscar el reino de Dios con preferencia á todas las cosas de este mundo, que aquellos con que lo hace en el presente evangelio. No andeis afanados, nos dice, por las cosas de esta vida, ni por tener con que alimentar y vestir vuestro cuerpo. ¿Veis las avecillas del cielo? Ellas no siembran, ellas no siegan, ellas no entrojan; y no obstante Dios no las deja perecer de hambre. ¿Veis los lirios del cam-

«po? Ellos no trabajan, ellos no hilan, ellos no tejen, y con todo ni el mismo Salomon vistió jamás tan lindamente como uno de ellos. Pues si Dios tiene cuidado de alimentar los pájaros del cielo y de vestir el heno del campo, ¿cuánto mas cuidará de alimentaros y vestiros á vosotros, hombres de poca fe? ¿Acaso no sois vosotros mas amados de él que todas las aves y todos los lirios? Dejaos, pues, de vivir inquietos preguntando: ¿qué comeremos? ¿con qué nos cubrirémos? Esto lo hacen los gentiles, que no tienen fe ni confianza en la Providencia. Mas vosotros suspirad antes que todo por el reino de Dios, y dejad en parte vuestros cuidados terrenos: «Quærite ergo primùm regnum Dei. Y en efecto, cristianos: «si no tenemos habitacion permanente sobre la tierra, si el paraíso es nuestra patria, si en el cielo debemos terminar pronto nuestra carrera, ¿á dónde han de dirigirse todos nuestros deseos, mientras vivimos en este mundo, sino á la consecucion de aquella gloria que es nuestro último fin, y debe formar nuestra eterna felicidad? Así vais á verlo.»— Sigue inmediatamente el cuerpo de la plática que comienza en la pág. 147 del tomo 1.º del Catequista orador.

Véase ahora el discurso que ponemos en seguida sobre el

### Valor del alma humana.

Nonne anima plus est quàm esca? (Matth. vi, 25).

Quando tiendo la vista sobre la tierra, y veo esa prodigiosa variedad de cosas que hay en ella, la anchura inmensurable de los mares, la elevacion estupenda de los montes, la claridad agradable de las fuentes, la belleza exquisita de las flores, y la diversidad encantadora de tantos animales como

pueblan el agua, la tierra y el aire, pregunto en mi pensamiento: ¿para quién crió Dios ese palacio tan grande y tan bello? Y la fe me responde: *Para tu alma*. Al oír semejante respuesta, no puedo menos que bendecir á Dios, y como al hacerlo levanto naturalmente la vista al cielo, doy con otros objetos que todavía me arrebatan mas, cuales son la grandeza del firmamento, la hermosura de las estrellas, la claridad de los planetas, y el concierto verdaderamente admirable de sus movimientos. Encantado con la contemplacion de cosas tan bellas, vuelvo á preguntar: Y aquel palacio que descubro allá arriba ¿para quién lo ha formado Dios? Y la fe me responde: *Para tu alma*. Mas que atónito, levanto mi pensamiento hasta el empíreo para dar gracias á Dios, y allí se me ofrece otro espectáculo tan sorprendente, que en un instante me hace olvidar todo lo demás. Sobre un monte muy alto veo la nueva Jerusalem, que está adornada de indecible gloria. ¡Oh qué obra tan grande! ¡oh qué palacio tan bello! ¡oh qué edificio tan digno de la magnificencia de Dios! Mas decidme, Señor, ¿quién ha de habitar ese dichoso palacio? ¿Para quién lo habeis edificado? Y la fe me responde: *Para tu alma*.— ¿Para mi alma?... replico asombrado: ¡gran cosa, pues, debe de ser mi alma, cuando Dios ha criado para ella cosas tan ricas!

¿Si es gran cosa el alma? ¡oh, si lo comprendiéseis! cristianos, ¡oh, si lo comprendiéseis!... seguro es que la apreciaríais mas de lo que la apreciáis. Si la estimais tan poco, que la envileceis con culpas, y la haceis esclava de las mas inmundas pasiones, es porque no conoceis ni su noble naturaleza, ni su alta dignidad, ni su elevado destino. Conocedlo siquiera hoy, que, tomando yo pié de aquella enfática pregunta del Salvador: *Nonne anima plus est quàm esca?* vengo á descubrir os su valor, haciéndoos ver lo que es ella en el

orden físico, en el orden de la gracia, y en el orden de la gloria. Mirándola en el orden físico, os admiraréis de su nobleza : mirándola en el orden de la gracia, os pasmaréis de su dignidad : mirándola en el orden de la gloria, os asombraréis de su alto destino.

Para ponderaros la excelencia de nuestra alma, considerada en el orden puramente físico y natural, no diré con algunos filósofos y poetas antiguos, que ella es una partecita de la misma esencia y sustancia de Dios : *Divinæ particula auræ*. No, que para demostrar su excelencia, no hay necesidad de recurrir á mentiras, y mucho menos á mentiras que repugnan á la naturaleza de Dios, esencialmente una é indivisible. ¿Por ventura Dios no ha dado á nuestra alma bastantes prerogativas verdaderas y reales, que se le hayan de atribuir prerogativas fingidas y hasta absurdas? Ella lleva consigo tales títulos de nobleza y dignidad, que bastan por sí solos para ensalzarla sobre todo lo sensible.

Ella procede inmediatamente de Dios, nobleza suma y esencial ; y si bien una tal prerogativa la tienen las demás criaturas, hay empero una gran diferencia. Las demás criaturas las formó Dios con la simple palabra *fat* : unas las formó de la nada, como los Ángeles y los cielos ; otras de la tierra, como las bestias y las plantas ; otras del aire, como las aves ; y otras del agua, como los peces. Pero á nuestra alma ¿de dónde diríais la sacó? La sacó de su mismo corazón. Ved sino de qué modo refiere la Escritura la creación de nuestra alma. Queriendo Dios crear al hombre, dice, primero formó su cuerpo del lodo de la tierra : *Formavit... hominem de limo terræ*<sup>1</sup> ; y cuando el cuerpo estuvo ya organizado, y Dios

<sup>1</sup> Gen. 11, 7.

quiso darle alma, ¿qué hizo con él? le sopló á la cara, y de este soplo divino resultó el alma que le anima y le da vida : *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem*. De suerte que, así como el soplo nace del corazón, así puede en cierto modo decirse, que nuestra alma ha salido del corazón amorosísimo de Dios. ¡Oh alma! ¡cuán poco te conocen los que te envilecen con culpas y pecados! ¡Oh! si te conociesen...

Con solo decir que Dios la ha hecho una sustancia toda espiritual, ¿no se dice cuanto es menester para tenerla en la mayor estima? ¡Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia que excede en precio y hermosura al oro y diamantes que brillan en las coronas de los reyes, al sol y demás astros que resplandecen en el firmamento, y á todas cuantas criaturas sensibles hay en el mundo. ¡Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia que se encuentra en la misma línea de los Ángeles, inmaterial como ellos, inteligente como ellos, inmortal como ellos, y como ellos capaz de conocer, no solo la naturaleza de las cosas materiales, no solo su propia naturaleza y excelencia, sino también la grandeza y las perfecciones de su mismo Hacedor. ¡Sustancia espiritual!... Es decir, una sustancia, que sin ser parte de la sustancia de Dios, como neciamente dijeron los antiguos filósofos, se le asemeja mucho, muchísimo, como que está formada á su imagen, según lo testifica la Escritura : *Faciamus hominem ad imaginem, et similitudinem nostram*<sup>1</sup>.

Hagamos sino un cotejo, en el modo que es posible hacerlo entre Dios y la criatura. Dios es uno en esencia, el alma es una en naturaleza : Dios es trino en personas, el alma es trina

<sup>1</sup> Gen. 1, 26.

en sus potencias : Dios está todo presente en cada lugar del mundo, el alma está toda presente en cada parte de su cuerpo : Dios es eterno, el alma es inmortal : Dios tiene un dominio universal sobre todas las cosas ; el alma domina los peces del mar, los pájaros del aire, y las bestias de la tierra : Dios tiene presente todo lo que fue, todo lo que es, y todo lo que será ; el alma tiene una memoria que le recuerda lo pasado, un entendimiento que le descubre lo presente, y una prevision con la que conjetura lo por venir : Dios lo conoce todo, el alma conoce el movimiento de los cielos, la conjuncion de los astros, la figura de la tierra, la virtud de las plantas, y el instinto de los brutos : ella forma leyes, inventa artes, descubre ciencias, y arranca uno á uno á la naturaleza todos sus secretos. ¿Qué me decís, cristianos, de esta hermosa imágen de Dios? ¿no es verdad que se parece muchísimo á su original? ¿no es verdad que, mirada no mas que bajo el punto de vista natural, ya es digna de que se la tenga en mucha estima? ¿de que no se la degrade con pecados? ¿de que no se la entregue al demonio por cualquiera bagatela?

Pero no es en el órden natural ó físico donde se muestra toda su dignidad y grandeza : es menester mirarla en el órden de la gracia, teniendo en consideracion el precio con que Dios la ha redimido. Vosotros sabéis que esta alma tan noble en su origen, tan perfecta y hermosa en su esencia, cayó de su primitiva grandeza, perdió toda su hermosura, y quedó hecha vil esclava del demonio. ¿Abandonó Dios esta obra de sus manos? ¿Consintió en que quedase en poder de su enemigo? ¡Ah! para que lo consintiese valia ella demasiado. Verdad es que por rescatarla era menester dar un gran precio, era necesario hacer un gran sacrificio ; pero Dios no se paró ni en precios ni en sacrificios. A semejanza de aquel merca-

der de quien habla el Evangelio, se desposeyó de todo cuanto tenia, y lo dió por precio de su rescate : *Vendidit omnia quæ habuit, et emit eam* <sup>1</sup>.

Mirad como deja la eterna morada de su gloria, y viene á esta tierra miserable á hacerse hombre semejante á nosotros. ¿Sabeis cuál es el objeto de este penoso viaje? Es el de redimir nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis*. Mirad como nace pobre en un establo, como, siendo de pocos dias, huye desterrado á Egipto, y como vive oculto, obediente y desconocido en la tienda de un humilde carpintero, ganando el sustento diario con el sudor de su frente. ¿Sabeis qué busca con estas humillaciones y molestias? Busca á nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*. Mirad como gasta los tres últimos años de su vida en ayunos, vigiliias, viajes y predicaciones, siendo en unas partes despreciado, perseguido en otras, y en muchas hecho el blanco del odio y de la maledicencia. ¿Qué es lo que le mueve á sufrir estos contratiempos? Es el deseo de rescatar nuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*. Levantad ahora la vista al Calvario : ¿qué veis allá? Veis á un Dios coronado de espinas, desgarrado con azotes, traspasado con tres clavos, herido en el corazon con una lanza, pendiente de una cruz, y chorreando sangre por todas partes. Preguntadle con Isaías : *Quare rubrum est indumentum tuum* <sup>2</sup>? ¿por qué, Señor, tantos tormentos, tanta sangre, tanta carnicería? ¡Ah, hijos! os responderá, ¡ah, hijos muy amados! todo es por rescatar vuestra alma : *Propter nos homines, et propter nostram salutem*.

¡Oh! y cómo puede él decir del alma lo que por boca de Isaías dijo de su viña amada : *Quid est quod debui ultrà face-*

<sup>1</sup> Matth. xv, 46. — <sup>2</sup> Isai. LXIII, 2.

*re vineæ meæ, et non feci ei?* Alma querida, alma muy apreciada, ¿qué debia, qué podia hacer yo por tí, que no lo haya hecho? Cuanto pude, cuanto supe, cuanto convino que hiciese ¡tú lo sabes! todo lo he hecho por tu amor: *Feci*. ¿Debia bajar del cielo, y hacerme hombre? *Feci*, lo hice: por tí vine á la tierra, por tí tomé carne humana, por tí nací niño en un pesebre, y por tí emprendí una carrera erizada de espinas y trabajos. ¿Debia buscarte con mil fatigas y afanes? *Feci*, lo hice: por tí oré, ayuné, sudé, suspiré y lloré infinitas veces. ¿Debia dar por tí todo cuanto poseia? *Feci*, lo hice: por tí subí á la cruz, por tí agonicé tres horas, por tí derramé hasta la última gota de mi sangre. Mira lo que he hecho por tí... mira la estima en que te tengo... Porque si es cosa clara, que aquello por lo que se sacrifica una cosa, se estima en mas que la cosa sacrificada, ¿no es evidente que yo te he estimado mas que mi vida, puesto que por tu amor la he sacrificado en una cruz? ¡Ah! si por un solo instante pudieses olvidar lo mucho que en mi concepto vales, levanta tus ojos á este madero, contéplame, y mira lo que me cuestas. — Dejó, cristianos, que vuestro corazon responda á estas tiernas expresiones de un Dios, que pondera con sus padecimientos el inestimable valor de vuestra alma; yo solo preguntaré: una alma que Dios ha creído digna de ser comprada con el precio infinito de su sangre, ¿qué destino debe naturalmente tener? ¿Por qué Dios habrá dado por ella la vida? ¿Será porque, acabado el breve curso de esta vida, vuelva á la nada de donde salió? ¿Será porque, en saliendo del cuerpo, vaya á aniquilarse en una tumba? Filósofos degradados, apologistas de la materia, en vano acumulais razones para persuadirnos que nuestra alma perecerá con el cuerpo, y que despues de esta vida todo estará

<sup>1</sup> Isai. v. 4.

acabado para nosotros. ¡Ah! mil razones mas filosóficas que las vuestras nos demuestran que vuestra alma es inmortal, y que está destinada á vivir en la eternidad. El grito general de la naturaleza, el consentimiento unánime de todos los pueblos, la facultad de pensar que nos distingue de los brutos, la libertad de que gozamos en todas nuestras acciones, la justicia de Dios que no debe dejar la virtud sin premio ni el vicio sin castigo, la filosofia, la fe, el sentimiento íntimo, todo nos dice, todo nos asegura que nuestra alma es espiritual, y que no será víctima de la muerte y de la corrupcion. Y cuando no tuviésemos ninguna de estas pruebas que acabo de indicar, ¿no bastaria, para demostrar su inmortalidad, el saber que ella es una hermosa imágen de Dios, y que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo? ¿Cuál es el pintor que se esmera en sacar una imágen perfectísima, solo por tener el gusto de destruirla luego de acabada? ¿cuál es el hombre que da todo cuanto tiene por redimir una prenda, que sabe ha de perecer tan pronto como vuelva á sus manos? No, fieles, Dios no ha criado nuestra alma solo para que vea y disfrute de la vida presente, sino para que viva y reine con él por toda la eternidad. Bien claro lo dice ese disgusto y fastidio que encuentra ella en todo lo que es limitado y caduco. ¿Y que no lo observais? Nada de cuanto hay en esta vida puede saciarla, nada es capaz de llenar cumplidamente sus vastos deseos: todo lo encuentra pequeño, todo insípido, todo raquíico y vano. Dadle riquezas... no la sacian. Dadle honores... no la aquietan. Dadle placeres... no la satisfacen. Siempre agitada, siempre inquieta, suspira por un bien infinito que la llene y la sacie. ¿Habrá de fatigarse siempre en vano? ¿Tendrá que correr siempre tras de una sombra fugitiva? ¿Tendrá que suspirar continuamente por un bien que la arrebatara, sin poderlo jamás conseguir?

Si así fuese, con razon podria ella quejarse de Dios, y decirle : Dios omnipotente, si mi inmortalidad no es mas que un sueño, si esta que se llama vida ha de ser mi último fin, si he de suspirar por un bien que no hay en la naturaleza, si debo un dia volver á la nada cuya sola idea me horroriza, ¿por qué criarme? ¿por qué hacerme sufrir? ¿por qué darme esta inclinacion irresistible hácia un bien infinito y eterno? Ó dadme la inmortalidad, ó arrancad de mi seno este deseo que con vuestra misma mano sembrásteis. Tales, oyentes, serian los justos desahogos de nuestra alma, si Dios no le hubiese señalado la inmortalidad por dote, y una vida eternamente feliz por término. Pero no, que Dios no se burla del hombre. Él nos ha dado este deseo innato de una vida eterna y dichosa, y él nos la tiene preparada despues de esta vida infeliz y mortal. Él nos tiene destinados á vivir con él, á reinar con él, á ser eternamente dichosos con él. ¿Puédese concebir un destino mas alto y noble que este? ¿Lo tienen mas alto y noble los Santos, los Ángeles, María santísima, el mismo Dios?

Hé aquí, fieles, cuánta es la excelencia del alma, ya se la considere en el orden natural, ya se la mire en el orden de la gracia, ya se la contemple en el orden de la gloria. ¿La creáis vosotros tan noble y excelente? No, que si tal la hubiéseis creído, ni la hubiérais manchado con culpas, ni degradado con torpezas, ni envilecido con vicios, ni vendido al demonio por un vil precio. ¡Ah! tratadla al menos en adelante con mas miramiento y consideracion. Ya que es una hermosa imágen de Dios, cuidado en mantenerla limpia de toda culpa : ya que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo, cuidado en no entregarla de nuevo al demonio : ya que ha sido criada para el cielo, cuidado en no privarla de tan glorioso destino. Amen.

**DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUES  
DE PENTECOSTES.**

*El evangelio de este domingo consiste en una relacion detallada que hace san Lucas de un esclarecido milagro obrado por Jesucristo cerca la ciudad de Naim, donde resucitó al hijo de una viuda, vecina de aquella ciudad, al tiempo que era llevado al sepulcro. Cuáles sean los asuntos morales que mas naturalmente pueden sacarse de este milagro, fácilmente se conocerá atendiendo á una circunstancia que nota expresamente el mismo evangelio, cual es, que el difunto era jóven : Adolescens. De esta sola circunstancia es evidente que pueden deducirse muy bien estos tres puntos : la necesidad de estar siempre preparados para morir, la obligacion de comenzar á servir á Dios desde la primera edad, y el mal hábito, ó sea el pecado de costumbre.*

*Para el primero se tomará el texto : Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ ; y se dirá : «Hoy tenemos en el evangelio el espectáculo de un muerto que conducian á enterrar en ocasion que Jesucristo llegaba á la pequeña ciudad de Naim. No creáis que el difunto fuese algun viejo, algun decrepito, ó algun hombre gastado por una larga enfermedad habitual ; era un jóven de salud vigorosa, de complexion robusta, de temperamento fuerte y sano. ¿Qué pretende la Iglesia con ponernos á la vista el cuadro de un hombre conducido al sepulcro en la flor de sus años? Es fácil comprenderlo : pretende recordarnos la fragilidad de nuestra vida, la brevedad*